



DGCL
A

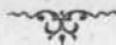
PARLERÍAS

T. 176453
C.

Parlerías

POR

Eduardo Arasti



IMPRESA Y LIBRERÍA
HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ
BURGOS



El llanto de la virgen

La diminuta habitación huele, silenciosa, á santidad. Una luz tenue la acaricia tímida. Los cuartillos de los grandes balcones dejan adivinar las verdes persianas que dan sombra. Un filtro de sol, doliente y mustio, penetra hasta el centro de la estancia, dando un beso tímido á las marchitas flores que yacen olvidadas sobre la mesa débil.

Carmelia, tristonaa, hace que lee,

dejando que sus ojos descansan sobre las ya manchosas páginas.

Los viejos cortinones, hermanos de los más viejos cuadros, se dejan caer con pereza de dominados. Las puertas, amarillentas por el tiempo, dicen, callando, la triste historia de los que un día supieron sonreír.

Carmelia está sola. Sola y triste. Con tristeza de mártir y con soledad de virgen. Al abrirse las hojas de la puerta que dá á espaldas de Carmelia, ésta levanta la vista de las borrosas letras, y una mueca, que risa intenta ser, hace nudo en sus labios, y sus manos aprisionan el libraco que concede indulgencias...

Una vieja muy vieja, con andar

achacoso, que viste el manto pardo que en las noches de sábado llevan todas las brujas, se acerca á ella y con voz puntiaguda, como diciendo el cuento de los brujos, deja resbalar unas sílabas, que según quien las oiga, son de divinidad ó de diablura:

—Carmelia; estás perdida...

—¿Por qué!—contesta con timidez de colegiala, poniendo en sus ojos las ansias de adivinar la verdad de la frase.

—Perdida, sí. Creí que las buenas monjitas podrían ayudarte; más no es así. Mientras tu hermano siga siendo lo que hasta ahora, la entrada en el clausto se te cierra.

—¡Siempre el mismo! ¡Mi hermano

el causante de mi desgracia! ¡Si mis padres volvieran y nos vieses tan separados!... Hablé con él, y él se opone. Dice que antes me mata...

—¿Pero le hablaste!

—Sí, le hablé.

—Hiciste mal.

—No sé. Pero es el único que tengo en el mundo. Es mi obligación darle á conocer mis pensamientos.

—¡Obligación! Tu hermano es un perdido que no mira sino su egoismo.

—Decís que mi hermano es malo... Pero es mi hermano... y tengo que quererle.

—Eso es tener amor al diablo. Ya sabes que es el hombre de la noche. Llega á casa cuando el sol al mundo.

Y llega siempre mal... Está maldito de Dios. Conseguirá derrochar todo tu dote y perderte. Tienes que buscar tu salvación. Y tu salvación está en el claustro. Ya lo conseguiremos. ¿No te gusta esa mira?

— Si, Nora, si. Pienso en Dios siempre y quiero servirle. Pero, ¿y mi hermano? ¿Voy á abandonarle?

— ¡Va! No pienses en eso. Piensa tan solo en que tu hermano es muy malo. Mira, son las dos de la tarde y en la cama está todavía.

— ¡Sí, tienes razón! ¡Mi hermano no es bueno conmigo!...

Las ojeras profundas de Carmelia se han mojado de lágrimas. Involuntariamente ha abierto el viejo libro, é

intenta disimular su llanto leyendo las máximas indicadas por Nora.

Esta, como lechuza que busca algo, arrastra su manteo, dejando ver las puntas de sus botas que nunca limpió. Va saltando de rincón en rincón. Escucha y se entera. Investiga.

Al llegar á la puerta última, ésta se ha abierto fuertemente, dejando en su marco á Teddy con los ojos desmesuradamente abiertos, los puños cerrados y el cabello en desorden.

Nora, al verle, ha quedado muda y quieta. Carmelia, levantándose de un salto, ha rodeado el cuello de su hermano con un brazo, mientras con la otra mano mesa sus cabellos y sus labios le acarician incansables.

Teddy ha dado un paso hacia adelante, ciñendo cariñoso el talle de su hermana, y mirándola en los ojos, con voz aguardientosa que pretende hacer suave, pregunta adivinando:

—¿Qué te ocurre?

Y Carmelia, haciendo un esfuerzo, ríe, con risa de niñez y contesta tímida:

—¡Nada, Teddy! ¡No me ocurre nada!

—¡¡Nada!! ¡Pobre hermana mía!
—Y mirando fieramente á Nora, como adelantando con sus ojos la expresión de sus labios:—No me engañais—dice
—Los golfos adivinamos en los rostros los sentimientos de las almas, y tenemos un momento que nos ahogamos

con unas lágrimas, no pudiendo antes hacerlo en el alcohol.

Su mano izquierda se ha extendido señalando una puerta, y sus ojos miran á Nora fijamente.

—¡A la calle!—dice —Mi hermana no necesita más consejos vuestros. La viste llorar y no quisiste saber lo que su llanto reclamaba. Ni te compadeció. Lo he oído todo. Dios la mandó á este mundo para que fuera de otro igual á ella. Si la hubiera querido para Él la hubiera retenido á su lado. ¡¡A la calle, Nora!!

Resbala por la estancia, tímida y vergonzosa, dejando entrever en su rostro las marcas de venganza. Después desaparece.

Carmelia y Teddy se unen en un beso largo y santo, mientras ella sonríe con sonrisa bella y en su semblante se asoman los colores perdidos; saltarina, sigue rodeando el cuello de su hermano y mirándole fijamente dice suspirando:

—¿Me vas á querer mucho, hermanito?

-- ¡Mucho!—contesta queriendo disimular dos lágrimas juguetonas que brotan orgullosas -- ¡Mucho! Mira, siéntate. ¿A quién quieres más, á Nora ó á mí?

—¡A tí! ¡A tí! ¡Nora me decía unas cosas!... Y saltando alegremente sobre las rodillas de Teddy, sus mejillas se tornan en color sonrosado.

El llanto de la virgen se transforma en risas, venciendo al diablo, que no sé dónde guarecemos los hombres.





Sor Teresa

En el silencio de la noche invernal, el viento silba una canción de muerte. La ciudad duerme y, en su sueño, la velan las sombras misteriosas que dicen de duendes y brujas.

Todo es quietud.

En el fondo de un paseo, cuyos árboles forman el túnel que sabe de juramentos y promesas amantes, se abre un vetusto caserón convertido

en asilo. Sus claustros, temblorosos y tristes, dirían la verdad que callan temerosos. Son testigos de vidas despreciadas y amigos inseparables de pedazos de carne que igual juran que rezan, y lo mismo sonríen que lloran. Con su lenguaje mudo conducen á las salas donde se agrupan los seres que, abrazados al vicio ó al trabajo, llegaron á esperar el epílogo de sus vidas á la mansión santa; donde el cariño femenino se une bondadoso al nudo inseparable de la desgracia.

Allí se confunden todos. Todos tuvieron distinta aurora, y, sin embargo, han de tener el mismo crepúsculo.

¡Joyas, lujos, placeres y tesoros!
¿Dónde os escondéis cuando arrojáis

á vuestros dueños á la tristeza mayor de la tristeza?

.....

Un anciano arrastra sus pies por el claustro sombrío. Haciendo esfuerzos sobrehumanos logra aproximarse á la sala de enfermos. *Sor Teresa* risueña y cariñosa sale á su encuentro y brinda su brazo al apoyo del asilado antiguo.

— ¡Gracias, hermana, gracias! — dice con voz torpe dando á conocer el agradecimiento que descansa en su alma.

— ¿Se fatiga mucho? — sigue la esposa del señor, sentando al inservible con cuidado supremo.

— ¡Mucho, hermana, mucho! ¡Ya no sirvo para nada! Mis fuerzas se

perdieron y solamente queda de mí ser el almacén que también se deshace.

Un suspiro corona sus últimas palabras, y sus ojos se posan en los de *Sor Teresa*, que le sonríe con sonrisa de madre.

—Y, dígame, hermano, ¿su juventud, fué fuerte?

—¡Muy fuerte! Tanto como las ilusiones que la rodeaban.

Y, tras un silencio, las mejillas pálidas del anciano, se bañan con dos lágrimas que cantan la canción de Tristeza.

—Cuénteme algo, amigo mío. Hora es ésta de ocio, y de forma alguna pasaría el tiempo tan á gusto como

hablando los dos. Viejecitos somos, y hemos de entretenernos sin reñir un poco... ¡Cuenta! ¡Cuenta!

—Contaré, si es su gusto. Mas, permítame que encienda la pipa. Este es el vicio que me puede...

Verá usted. Contaré algo de mi vida pasada. Me gusta recordar de vez en cuando. Usted, no la supondrá, sin duda alguna. Es muy bonita...

Yo he sido artista... No se extrañe, no. Desde muy joven, me sonreía el arte. La literatura llegó á gustarme tanto, que me perdió completamente. ¡Escuche! ¡Escuche!

Hijo de padres ricos, comencé una carrera á los quince años. Querían todos que fuera ingeniero, y, el primer

año, loco de contento, estudiaba mucho y salí victorioso.

Pero en el transcurso del segundo, no sé cómo fué, mi pensamiento empezó á volar lejos; ¡muy lejos! donde mi fantasía se encontraba, y el deseo de ser literato pudo á mis fuerzas y olvidé la carrera.

Empecé á escribir, y mi firma al pie de los artículos me volvía loco. Cuando la veía en los periódicos, lloraba de alegría, y quería luchar; ¡luchar mucho! Pero en el rincón provinciano no podía hacerlo, ¡Qué pena la mía! Veía nacer y morir los días sin que mi pluma dejase fantasías en las cuartillas adoradas.

Por aquél entonces estaba enamo-

rado. Ella, correspondía á mi cariño, y era feliz; tan feliz como en mis sueños cuando pensaba en un hogar, blanco y florido. Pero mis ilusiones pudieron más que yo mismo. Siempre la lucha se me presentaba dificultosa en aquella Castilla solitaria y sombría; donde la vida era monótona; y sin provecho para mi carrera... ¡Yo quería luchar! Y una noche...

El adiós que la dí, parece revivir en mi alma. Por mi vista pasan en tropel los cuadros de aquel amor que jamás olvidé y siento que mi vista se pierde y mis piernas se niegan á sujetarme...

¡*Sor Teresa!* En este momento, parece que una voz me repite las

mismas palabras que ella me decía al partir:—Lucha,—me dijo—no te olvides de mí y regresa á Castilla, que Dios querrá que los últimos labios que se cierren para siempre, se vean sellados por los otros dos que les sobrevivan. ¡Yo te lo juro!

¡Pobre de ella! Mis labios se cerrarán pronto y los suyos no llegarán á sellarlos. ¡Acaso hayan sido los míos los que faltaron al juramento!

Y el asilado lloraba como un niño, y *Sor Teresa* como el pobre asilado.

—Vamos; yo le acostaré. Cuidado... Pida á Dios por los dos. Es muy bueno y lo concede todo...

Al salir la aurora de un domingo, dieron la noticia á *Sor Teresa*. Con los ojos empapados de lágrimas, subió á la sala; se hincó ante el lecho; rezó unos instantes, y posando sus labios sobre los del muerto, cumplió el juramento que una noche abrileña hirió el silencio augusto del rincón castellano.





La víctima

I

A la hora de la aurora en un día
de Junio.

En Castilla.

Olor de montes y piar de pájaros
dejaban en las almas dulces caricias
santas.

Un airecillo debil acariciaba, ju-
guetón, los ramajes de un verdor ca-
prichoso.

La ciudad despertaba.

Los trabajadores del campo comenzaban á amasar el pan de cada día...

Por la polvorienta carretera, sombreada por los árboles que formaban túnel, iba camino del camposanto.

Tiempo bastante había transcurrido en mi olvido... La vieja ciudad que vió hacerme hombre, guardaba en su silencio algo de mi sangre y de mi amor. Largos años dormían el sueño misterioso aquellos seres que, al dejarnos, obligan á conocer la lucha del vivir.

Por la blanca carretera dirigía mis pasos; fijo el pensamiento en otros días, y en los ojos dos lágrimas brotaban orgullosas y tristes, mientras

mis labios parecieron pronunciar débilmente:

— ¡Perdón, padres!

Recé con toda la fuerza de mi alma.

Tembloroso, deposité mi humilde ofrenda entre los brazos de la cruz de su tumba. Un escalofrío recorrió mi ser y entre las nieblas de mis lágrimas me pareció verles unidos en un estrecho abrazo, dedicándome un beso, sonrientes.

Me faltaron las fuerzas. Y empapando mi llanto en el pañuelo, abandoné su eterno lecho, preso de una emoción tremenda.

En las verjas me tropecé con él...

— ¡Ernesto!—grité extrañado.

—¡Arturo! contestó, cayendo entre mis brazos.

Callamos los dos.

Mi buen amigo Ernesto había cambiado considerablemente. Estaba delgado y sus ojos saltones daban á conocer la neurastenia que lentamente iba consumiéndole.

Llevaba de la mano una niña rubia. Cinco años contaría apenas. Me extrañó la nueva vida de mi antiguo camarada.

—¿Cómo aquí...? le pregunté, señalando á la niña con los ojos.

Y Ernesto, débilmente, con voz cansada, me interrumpió tristón:

—Salgamos, ya te contaré...

Y salimos, carretera adelante.

II

La tarde moría lentamente.

Yo deseaba escuchar á Ernesto, con impaciencia loca...

Comenzó:

—Entre las muchas exmujeres que cruzaron el café de la plaza, divirtiendo con sus gritos y brincos á la muchedumbre canallesca que, á media noche, se refugiaba entre sorbos y sorbos de licores alcohólicos, hubo una que se diferenciaba de sus compañeras, por sus sentimientos, su expresión y sus hechos.

La llamaban Blanca.

Hizo su debut en el tablado ruinoso una noche de invierno.

La ví, y desde el primer momento, quedé prendado de sus gracias. Era un amor santo el que la profesaba. Hubiera querido tener oro suficiente para arrojarle á sus plantas y apartarla de la ruta desviada que emprendía.

Para ella no fueron involuntarias mis palabras. Todas las noches, después de su trabajo, charlábamos un rato; alegres, soñadores; sin mancha alguna de pureza...

Todos mis compañeros empezaron á reirse de mi. No podían comprender que quisiera á aquella mujer sin ansias de lujuria. Tube varias contiendas; muchos disgustos...

Una noche me convencieron... El

amor hacia aquella mujer, estaba bien; ¿pero los goces del amor?

Tubimos una hija.

Entonces fué cuando la tempestad llegó.

Me tachaban de sinvergüenza. Los mismos que me llevaron al crimen, eran mis mayores verdujos.

Decidí casarme. Pero no pudo ser.

—¿Casarse con una exmujer?— decían. Todos los que criticaban mi falta, comenzaban á llamarme loco; mis padres; mis amistades; hasta aquellos con quien jamás hablé. ¿Casarse con Blanca? ¿Con ese despojo de la sociedad? ¿Con esa...?

Y una noche me marché abandonándola. Ella, loca, desesperada al

verse mecida en el desprecio de las gentes; confundida entre todas las que creían como ella, se suicidó.

Al llegar á mi la noticia, no supe ni hablar, ni quejarme. Creo que sonreí... Sí, sonreí de odio, de desprecio hacia la sociedad que pedía cosas desbaratadas y absurdas. Volví aquí. Me encanté de la niña y me hice solitario...

No quiero hablar á nadie; ni oír á nadie; ni codearme con la sociedad, ¡que la escuché una vez, y puso sobre mí el peso terrible del remordimiento!

Vivo apartado del mundo. Con mi hija. No quiero saber nada de nadie. Solamente del otro mundo... ¡Y ésta ya me lo dice mi víctima todas las mañanas, cuando dejo sobre su tumba

las flores que me busca nuestra hija.

Calló. Sus ojos me miraban fijamente, incansables.

Tuve miedo de mi pobre amigo.

Parecía un loco preparando el ataque...





El último cuento

La estrecha carretera dividía el pueblo. En ambos lados las casucas míseras guardaban el silencio tristón de la pobreza. Allá, en lo alto del poblacho, junto al castillo ruinoso, se elevaba la iglesia; con su torre carcomida por las nieves y lluvias; con su campanario, que, al llamar á los fieles, parecía voz de otro mundo que traía el castigo...

Al otro lado, como imponiendo su mandato de poderío, el palacio feudal triunfaba sonriente entre las muecas débiles de las casucas pobres...

Su grandeza hacía perder el encanto de la pequeñez. Era cual hombre alto entre niños pequeños. Cual palmera entre rosas...

La mansión señorial guardaba mayor silencio que las casucas tristes. Tiempo hacía que nadie le habitaba. Dueño y señor de ella era el guardian; hombre curtido por el tiempo y sabedor de historias que alegraban el ocio de los buenos labriegos.

Pero no solo él sabía de cuentos y de embustes, que también los mozos del lugar eran duchos en tejer co-

medias, que decían verídicas aunque la tosquedad del lenguaje desviara el camino...

Después de la oración, formando corro, mientras el sol moría, escuchaban atentamente, mozos y mozas, el cuento dominguero del guardian, que decía de amores...

Y de amor hicieron los lugareños un cuento que, 'de no ser en aquella hora, propicia para decir entre mentiras alguna verdad doliente, habrían tenido que callar, pues aunque creyeron siempre sucedido, nadie se atrevió á decirlo, por temor al poder del señorío.

Y mientras los últimos reflejos de sol bañaban de alegría la tierra, el la-

briego encargado comenzó tembloroso:

—Dicen que, allá, por la ciudad, había una mujer hermosa. Pobre era porque sus padres fueron siempre pobres y ella era casi niña.

Dicen que se enamoró de tal mujer un hombre de rancia nobleza; poseedor de frases y caricias que gustan á todas las mujeres.

Dicen que ella también se enamoró del marqués y que le quiso mucho; que pasó el tiempo y que la pobreza ya no era tan pobre y que la niña dejó de ser niña.

Cuentan que, cuando aquella mujer llegó á ser madre, desde la cumbre donde ascendio del llano lleno de sol y de alegría, volvió á descender á

otro llano donde el sol no besaba á las flores marchitas, única belleza del lugar.

Allí se vió sola; más sola que nunca y más pobre que antes. El único tesoro era el fruto de aquellos amores, ya lejos, y ese tesoro reclamaba algo que se la negaba con desdén. Loca, celosa de sí misma, recorrió todo el llano pretendiendo llegar á la cumbre; pero á la altura no llegaban sus voces; no querían que llegasen; eran voces involuntarias.

«Así pasó el tiempo; ¡mucho tiempo! Y un día...

»Dicen que, el noble, viéndose en apuro de comprometerse, citó á la mujer que en algún tiempo quiso.

»Fué á esperarla el guardián de un castillo que en un pueblo cercano tenía el marqués, y, cuando en medio del camino se encontraron solos, el fiel criado, cumpliendo el mandato del señor, revolver en mano, la obligó á jurar no acordarse más del marqués.

»Y cuentan, por último, que aquella mujer dió tanto escándalo por la ciudad, que se perdió del todo...

»Y el señor cura dice que todos cuantos la conocieron y trataron están tocados del demonio y que también se perderán...»

Hubo un silencio. La noche llegaba lentamente y mozas y mozos fuéronse por entre las casucas tristes, tan tristes como ellas.

El guardián, con la cabeza entre las manos, parecía recordar...

Y ya nunca volvió á contar más cuentos después de la oración, para alegrar los ocios de los buenos labriegos.





Por la senda del mal

Yo no he querido en el mundo
más que á tí, gitano mío...

Aquella voz atiplada rasgaba el silencio de la noche, y la juerga parecía entrar en un periodo de salvajismo agudo.

El humo del tabaco, las voces y el vino formaban un cuadro triste, en medio de aquella alegría que reinaba en todo.

Entre palmadas, danzas y gritorios, las piernas de la artista del café cantante, trazaban círculos sobre el tablado improvisado, mientras su talle de palmera, dibujaba figuras que al auditorio canallesco llenaban de un poder sobrenatural.

—¡Olé, tu *mare*!—gritaba un chulo que tenía rasgos de fiera en su ser, carcomido por la francachela.

—¡Viva *lo guapo*!—rugía un señorito que hablaba por la fuerza del vino.

—¡*Castiza*, que me muero!—seguía un estudiante que en su provincia comulgaba á diario.

Todos tenían frases galantes para aquella *malvada* que, en las noches de

invierno, entretenía con sus gracias risueñas, al rebaño del egoísmo artístico.

Sus mejillas, llenas de colorete, (tal vez para disimular el rubor de la vergüenza), tenían una expresión inexplicable. En sus ojos, rasgados, había la estela que deja una mala vida que pasa. Sus dientes, marfileños, tenían el imán suficiente para atraer la admiración y el oro..... Era, en conjunto, una de las mártires que rien cuando llorar debieran, y que danzan gritan y blasfeman, para olvidar las penas que, de contarlas, harían estallar la carcajada incrédula.

Junto al tablado, en una mesa vieja y sucia, cuatro individuos jugaban con

las cartas y, de vez en vez, interrumpían el juego para premiar la labor de la *artista*, con requiebros, brindis y aun insultos...

De los cuatro trasnochadores, había uno de aspecto señoril. Su indumentaria sobresalía entre la de los restantes; vividores de oficio y vagos por capricho. Todos discutían con palabras faltas de sentido. El vino coronaba sus *razones* y nunca se entendían por más de explicarse *claramente*...

—¡Tú eres un tál...!—gritó uno de ellos, esgrimiendo una navaja chulesca.

—¡Y tú, un chulo!—contestó el agredido, dando cara valiente.

La bronca llegó. El local quedó

completamente á oscuras, y solamente se oyó el ruido de objetos que chocan en el suelo; los gritos de los concurrentes y la voz de auxilio de la canzonetista maltratada...

.....

Cuando el local quedó desalojado por la guardia, siguieron en el establecimiento, además del dueño, el hombre de porte señorial. Sentados junto al mostrador, comentaban el suceso.

—Ha estado á punto de costarle la vida,—decía el dueño con tono grave.

—He tenido varias contiendas y el miedo se fué con la primera. A los chulos hay que saberlos manejar. ¡No hay cuidado!

—¡Pero don Anselmo, por Dios!
¿Cómo se codea usted con gente tal?

—Ya ve. ¡Caprichos!

—Usted debiera ser otro... Su mujer; sus hijos...

—¡Buenos todos; buenos!

—Quería decirle...

—Sí, ya sé; que no debiera hacer lo que hago. ¿No es eso?

—Sí, eso es...

—Pues...—miró por todos los lados, miedoso de que alguien escuchara y, al cerciorarse de que se hallaban solos, prosiguió:—Verá usted. Sé perfectamente que soy un perdido incorregible. Pero el perdón le tendré; no hay duda... Hace algunos años, cuando mi pesamiento volaba por re-

giones de la fantasía, me enamoré locamente. De mi mujer, sí. Su belleza, su charla y sus lujos me absorbieron la razón por completo. ¡Qué hermosa era! ¡Con qué lujo caminaba á mi lado! ¡Con qué gracia se presentaba en todas partes! Tenía tantos atractivos, que me casé con ella á pesar de las imposiciones de mis padres. ¡Cómo no! ¡La mayor belleza de la ciudad! ¡Sería la envidia de todos! ¡El señalado como mayor fortuna!

Mucho me costó casarme; hacer mia aquella joya disputada por todos los provincianos más ricos del lugar. Pero yo, con mi expresión... El caso es, que me casé!

¡Que luna de miel! Aquello fué

miel de luna. Pero después, cuando de *princesa* llegó á ser esposa, y más tarde madre, ¡ja, ja, ja! ¡No pudo serlo! ¡No sabía serlo! ¡No era más que un objeto de lujo! ¡Ja, ja, ja!

La fuerza del alcohol, subió á su cabeza y cayó sobre un velador, dormido ó muerto.

Entre el dueño y una camarera, le acostaron. Y al oír la risa nerviosa del alcoholizado, los labios del tasquero, dibujaron una sonrisita burlona, mientras decían quedamente:

—¡Lo que es el vino! ¡Lo que es el vino!





El bufón era así....

.....

Permitidme, señoras mias, que mis labios no dibujen la mueca burlesca que provoca la risa. He de hablaros, lo sé, y en mis palabras debiera poner toda la belleza de la gracia y de la carcajada: Mas siempre ocurre que la timidez es hija del principio y, al contaros el primer cuento de bufón, habeis de consentir que Pierrot sustituya al Clown, que, por un momento, siente la pesadumbre del recuerdo de horas

que, hablando de colorines, dejaron en su alma, las parlerías de las sombras.

Troti, el alegre bufón que tantas veces supo rodear la monotonía con los cantos graciosos que hablaban del ensueño, ha muerto; y, seguramente que nadie de vosotras, mis bellas señoras, supo desenmascarar á su vida para distinguir tras el antifaz de la gracia, la verdadera careta muda que se reía de las risas salidas de sus compañeras, la bella Involuntariedad y Despreocupación.

Y he aquí el por qué de estar triste en mi primera anécdota, y el por qué del deseo de no dejar á mis palabras caminar anchamente por el llano que sonríe y danza y grita...

Mis buenas señoras: Escuchad quién fué Troti, que, sabiéndolo, tal vez podais comprenderme y mis gracias os hagan más felices que confundiéndome; pues, á veces, los llantos son más bellos que las sonrisas, y hacen sonreír tanto más, cuanto más se desciende en ellos...

...Esto era, allá, en el año...

Mas dejemos fecha, que la fecha puede ser cualquiera, ya que las almas siempre viven en las mismas épocas, aunque las épocas, sintiendo igual, se expresen de distinta manera...

Ocurrió, que una muchacha bella, se enamoró de un buen muchacho. Ella era alta. El, también alto. Romántica ella y él del mismo mundo.

Los dos soñaban y, en sus sueños, no eran menos felices. El espíritu de ambos, al igual, les unió las almas, de tal forma, que ella sentía al sentir él, y él al hacerlo ella. Creyéronse felices; y en el transcurso de la edad moza, juráronse amor. Pero un amor espiritual; lleno de fragancias y de locuras; un amor pobre que, como tal, tendría que morir; pues de nada sirve el espíritu ante la materialidad de las cosas.

Ella era rica. El era pobre. Y ya que el descenso no podía efectuarse, pues desde la cumbre no hay quien baje al llano, sino por capricho, quiso Naturaleza, en hora de humor bueno, que el ascenso se verificara en una mente ya que constituye el sueño más

dorado de todos los que vivimos del ensueño.

Y caminando tras el ideal fué el, llevando un deseo en el alma y un pensamiento en la memoria.

Cuenta la historia mil capítulos de esa vida azarosa que callo para que os deis mejor perfecta cuenta de ella, pues las palabras se entienden de distinta forma, menos de la verídica, casi siempre.

El caso fué que, vencido en la lucha del mundo por conquistar un puesto para brindárselo completamente á *ella*, llegó á su Patria con la frente baja y el alma destrozada; más con algunas flores que ya podían competir con las de su amada.

¡Mucha de su sangre quedó manchando los rosales de donde consiguió cortarlas! Pero á su ilusión pudo acariciarla de cerca y las horas de tristeza pasadas, se esfumaban ante las futuras, mil veces sonreídas. ¿Qué constituía lo pasado ante lo presente y, más aún, ante lo porvenir? Se creía el más dichoso de todos los dichosos, mientras se aproximaba á su Patria chica; con ansia loca de hablarla y de adorarla, de cerca; con sus labios; no con el pensamiento, como tantas veces lo hizo.

Y ocurrió lo que casi siempre ocurre: Que se ponen todas las energías para conseguir lo pretendido, y luego, las fuerzas resultan demasiado

inútiles y el trabajo poco provechoso.

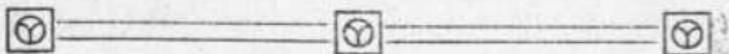
¡Ella, se había unido á otro hombre!

Desde aquel día, él, Troti, quiso reir para apartar las burlas...

Señoras mías: Perdonadme si el primero de mis cuentos no fué de bufón. ¡Tiempo habrá de sobra para ello! Intenté solamente que oyerais mi saludo y supusierais la despedida que os dió mi antecesor.

Quise deciros que el bufón era así...





Mientras la luna rueda...

—¡Viva el marqués!

—¡Vivaaa...!—repetían labios llenos de colorete é impregnados de besos y de locas palabras.

La noche castellana, llena de amor y de misterio, parecía cantar con lenguaje lleno de extrañezas.

Bajo un cielo azulado donde la luna sonreía irónica, los señoritos juerguistas danzaban caprichosamente arras-

trando tras sí á las mujeres, juguetes de sus diversiones...

Las palabras lanzadas á los aires por la fuerza de un alcohol que, lentamente consumía las vidas despreciadas, herían el silencio augusto del sueño del jardín, que era testigo acompañante de la luna en aquella noche de amor monetario y canallesco.

Del centro de la juerga, cual fantasmas nocturnas, llegaron á las verjas del jardín Luis y Elena. Sus rostros daban á conocer la vida pendenciera que les acompañaba. Cual si una fuerza interior les impidiera hablar, quedáronse mirando, mientras en sus ojos se asomaba todo el lenguaje de sus almas.

—¡Por fin nos apartamos de la juerga!--musitó Luis—. Creí morir en las manos del vicio.

--Débil eres. Jamás te supuse de tal forma. Creí siempre que tus palabras estaban en armonía con tus fuerzas—siguió Elena, sonriente.

—Hubo días en que así se encontraban. Mas hoy ya no puedo. Los años vencen...

—¡Bah! ¿Treinta y cinco, verdad? Eres joven. La misma tengo yó y aún no me doy por vencida del todo...

—¡Calla, Elena! ¡No quiero oírte hablar de esa forma!

—¡Ja, ja, ja! ¿Tú con sentimentalismos ahora? ¿De qué quieres que te hable?

—De cualquiera cosa... De la forma que más pronto puedas sacar á una alma del tormento perpetuo.

—¡Calla, tú, Luis! ¿Tormento perpetuo, dices? Todavía no se ha separado de tu lado la farsa?

—Jamás la encontré bajo mi poder.

—No sabes lo que dices. El vino se ha apoderado de tu memoria y no recuerdas.

—Sí; recuerdo perfectamente. ¡Cómo no recordar, si es ésta noche la copia intacta de aquella otra que te besaba pura y casta; sin malicia alguna! ¡Cómo has cambiado!

—Para eso sigues tu siendo el mismo.

—¡Cambia de expresión, Elena; no mortifiques!

—Te mortificaría más con la que mi vida me obliga á caminar; aunque bien la conoces: pues no es otra que la tuya de otros tiempos; de aquellos en que á mi paso se presentó una senda por la que camino de desprecio en desprecio; de caricia en caricia...

—¡Calla, Elena, calla!

—No; no callo. Quiero que sepas lo sucedido desde aquella noche memorable... Quiero que mis palabras penetren en tu corazón, si es que lo tienes, cual estilete envenenado; de la misma forma que penetraron en el mío, las tuyas, candorosas, peéticas... ¡hipócritas!

—¡Elena! ¡Elena!

—Cual presidiario que robó por hambre y fué condenado, y al verse de nuevo en libertad con el sello de la deshonra rodeándole, interponiéndose al paso de su vida, caminé por el sendero de los brazos; vendiendo caricias y deteniendo lágrimas; apagando suspiros y encendiendo risas...

Despreciada por el mundo camino, y, aunque mala soy, tengo algo de buena, pues te estoy viendo y te perdono sin implorar perdón. Pienso cuanto menos puedo, por no sufrir, y en mi alma, ilusionada y marchita á la vez, hay un recuerdo hermoso que guardo temerosa... Hoy que te veo, le acaricio cual nunca; y á la vez

que le acaricio, mis ojos se nublan y mis labios, estos labios, manchados con el lodo que tú tendiste á mi paso con palabras dulces, no se atreven á pronunciar el excelso nombre que muchas veces repetí suplicante, cuando te esperaba en la verja oyendo consejos que entonces desprecié por escuchar los tuyos.

—¡Perdón, Elena, yo te pido perdón! ¡Cédemele! Quiero reparar la falta cometida.

—No podrás. Mi vida se llama Alegría y no puedo, jamás, entristecerla. Vamos á sonreirla juntos; á gozar de la juerga cual dos desconocidos. Mi vida es esa... ¡Fuera penas! ¡Alegrémonos, que llegan á buscarnos!

¡Eh, Antonio, *cuidao* con los rosales, que vienes bueno!...

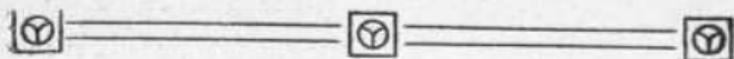
Soy la alegre florista
que vende flores,
del rosal más querido
de sus amores...

Y suspendida en los brazos del borracho, cantaba y reía, dejando en sus risas la tristeza desconocida de sus sentimientos.

Partió veloz, y cuando su voz perdióse entre la juerga, Luis caminó silencioso.

Tan silencioso como las flores del jardín.





Corazón de golfo

Con el cuello de la mugrienta chaqueta en alto, la gorra calada, la mirada en tierra y escondidas las manos en los bolsos raidos del pantalón grasiento, caminaba el *golfo*, con el paso quedo, como involuntario á las puñaladas del invierno, por calles y callejas.

En su mente debían cruzarse los más absurdos pensamientos y, de vez

en vez, una mueca de dolor ó desprecio se dibujaba fieramente en su ancha y maltratada cara.

Horas hacía que libertad le acompañaba y, sin duda, aun sentía la voz tétrica de la celda presidiaria que le decía cosas tan incomprensibles como horrendas.

¡Ya estaba libre! Había pagado su pecado y nada debía. Podía estar tranquilo. Sin embargo, una pesadumbre le oprimía; una duda le apasionaba, nuevamente.

—¿Qué es mejor? —parecía decir.
—¿Estar entre cuatro paredes; sin el recuerdo del mundo, sufriendo penalidades y desprecios, ó pasear por donde todos, cuando éstos le niegan

lo necesario para vivir entre ellos? Su honra, había quedado lejos; bañada en la sangre que derramó por su alma, para todos avariciosa y cínica. Sin duda, era mejor lo primero. Morir olvidado, bien está. Pero acribillado por las frases del mundo, sabiendo que en este mundo se encuentran, bajo sedas, harapos é inmundicias...

El *golfo* quedó silencioso ante la puerta de un cuchitril antiguo. Una luz vacilaba dentro de la estancia.

Entró.

La conversación quedó cortada con su presencia. Una mueca de sobresalto reía en los rostros. El tasquero se adelantó al saludo.

—¡Bien venido, Emilio!—dijo, señalando una sonrisita fingida.

—¡Salud, señores!—contestó el *golfo*, dejándose caer al lado de una mesa.

Reanudáronse las conversaciones.

Tras el mostrador, una matrona lavaba vasos y servía vino. Una criaturilla de cabellos rubios, tirada por los suelos, jugaba con los naipes rotos. El tasquero y Emilio hablaban en voz baja.

—Esta mañana me han *soltao*,—dijo el *golfo*.

—¿Seis años *encerrao*, verdad?—siguió el tasquero.

—¡Seis años! ¡Si supiera *usté* lo que he sufrido! Y todo ello por un mal querer...

—¡Tienes razón! Pero... ¡Bueno!
El hombre tiene un momento de
bobera, siempre. Si tú te apartas de
ella; si la desprecias y la maldices...

—¡No podía, señor Juan, no podía!
La hubiera sacado de su perra vida y,
juntos los dos... Ella, no quiso. Yo,
débil... ¡En fin!; y después ni una
pobre defensa; todavía me trataron
de chulo y golfo; dijeron que lo que
yo quería era dinero y que la estaba
explotando... ¿Murió, verdad?

—Vá *pa* dos años. Eso nos dejó,
al partir,—y señaló á la niña sucia
que jugaba en el suelo.

Emilio la tomó en sus brazos: la
contemplaba indeciso.

—¿Es hija suya?...

—Así dijeron... ¡Saldrá como la madre!

Una mirada del *golfo*, cortó la frase.

—No; no saldrá como ella!... Yo lo impediré!

Sus ojos relucían fieramente. Besaba la carita de la niña, que sonreía entre sus brazos, y dos lágrimas parecieron brillar.

Fué un momento corto que el tasquero contempló miedoso.

—¡Esta criatura, señor Juan, me la llevo!—dijo el *golfo*, ya en pié. No quiero que pueda perder á otro hombre.

—Pero.... Oye, Emilio ¿Dónde vas?...—siguió el señor Juan anodado.

—Voy... á sacar de la maleza á una flor, para que crezca y tenga aromas. Necesito algo que me obligue á ser fuerte ante todo... Soy jóven, y si la sociedad no admite mi trabajo para que la niña llegue á ser mujer honrada... Entonces... ¡robaré para que no llegue á ser igual que su madre!

Un portazo dejó en silencio el cuchitril.

La matrona miraba á todos con extrañeza... Después rompió el silencio:

—¡Eh, mnchachos! ¿Pero es este el *golfo* que asesinó porque dicen que ella no dejaba explotarse?



Mary, la ermitaña

I

Desde la ventanilla de aquél coche que más bien volaba que corría, contemplaba la campiña gallega; salpicada aquí y allá de casucas limpias que, entre el verdor florido, me recordaban los juegos de niñez en Navidades.

Mi espíritu sentía la sensación feliz de los recuerdos que un día me ha-

blaron del encanto, de la belleza y de la poesía del vivir.

En cada paisaje creía distinguir otro de mi vida locuela, que cantaba y reía dando saltos y gritos.

Y el coche corría más y más, y cada minuto que pasaba me creía dueño de la dicha que acariciaba en mis largos ensueños.

Pero la ilusión terminó, y, en su término, puso en mi alma el peso terrible de la realidad.

Volví los ojos al interior del coche y ya ví al mundo de distinta forma. Mi espíritu se sobrecogió tristemente. Mis ojos ya no debían expresar las ansias de admirar. ¡Que la admiración es hermana de los hombres cuando

díce de encantos sobrehumanos, y ningún encanto podía encerrar aquél coche ruinoso!

Junto á mi, recostada tímidamente, con timidez de moribunda, descansaba mi hermana; aprisionada por enfermedad que parecía gozarse con su triunfo de poderío.

Dormía.

Y al contemplarla, como queriendo descifrar el misterio del mal, mis ojos se humedecieron y tuve que volver la vista hacia el paisaje para que el sol secara las lágrimas, que fueron de amor y de odio al mismo tiempo.

—¡Mar! ¡Mucho mar!—me digeron los médicos como único remedio para mi pobre hermana.

Y al mar la llevaba; sin esperanzas; con la ilusión marchita; perseguido de fantasmas que me hacían sufrir.

Llegamos.

El pueblecito, situado en el llano, se anonadaba ante las altas cimas de su fondo. Al frente, el mar, mansamente, se mecía en un ir y venir de chicuelo travieso.

En la cima del más alto monte, apenas se distinguía la ermita, que, á veces, se perdía entre el continuo lamer de las nubes borrosas.

Y allí vi que mi hermana, sonrió dulcemente. Tan dulcemente, que al poder de los hombres le supuse el menor de los poderes.

II

Antes de amanecer, mi hermana se perdía por entre los bosquecillos que alegraban al pueblo. Corría; cantaba, satisfecha de su nuevo vivir, y luego retornaba á la casa para despertarme con caricias y besos.

Aunque yo estaba alegre por ver cada día, más lejos, las garras que aprisionaban á mi hermana, muchas veces no lo era tanto como daban á conocer mis frases y mis hechos. Aquél continuo repetir de las cosas me aburría. Pero nunca dejé que á mi semblante se asomara la realidad, por temor de contagiar á mi hermana.

Así es que entre el mar y la mon-

taña, me pasaba los días, dichosamente al parecer.

Por el mar, hacíamos escursiones hermosas. La mañana transcurría entre un remar incesante de pueblo en pueblo.

Después de comer, en la hora del diablo, la tertulia con las veraneantes del lugar, llamada, por mal nombre, «La siesta». Después, ascensión á los picachos, y, al morir la tarde, á la ermita; á rezar á la virgen de los milagros; á pedirla alguno; á dar gracias; pero siempre pidiendo.

Esto último era lo que más me gustaba. Siempre fui hombre de romanticismo prolongado y, rareza mia, á ninguna de las veraneantes hablé de

amor para *matar* las horas. Tenía un concepto malo de ellas. Siempre hablaban de modas, de grandezas, de amores prácticos, y, la verdad, las odiaba con todo corazón.

Así es que en ningún sitio mejor que en la alta ermita, me encontraba.

El ermitaño era hombre de edad, ya anciano. Con sus barbas blancas y sus ojos sin habla, parecía la figura de un santo varón. Le acompañaba una sobrina que la llamaban Mary. Más bien que mujer parecía una imagen, á quien un capricho cambió la vestimenta. Era alta. Con ojos negros y labios rojos naturales. Un pañuelo de flores cubría su cabello, yendo á la nuca á sujetarse, para luego caer...

La falda era encarnada y el corpiño de un color de tabaco. Iba siempre descalza y, al andar, tenía la verdadera flexibilidad.

Todas las tardes, mientras los demás pedían á la virgen el *eterno* milagro, yo veía en el fondo de los ojos de Mary, otro, muy hermoso, que yo se le explicaba, mientras sus mejillas se cubrían de un color muy rojo...

III

Mi hermana estaba desconocida. El aire del mar hizo brotar los colores que se habían perdido, y su espíritu dejó el decaimiento que, poco á poco, parecía vencerla.

Volvimos á la ciudad. Pero ahora el poblacho gallego me gustaba más, viéndole en los recuerdos, que cuando caminaba por sus calles fingiendo la alegría que me hacía saltar...

Ahora, Mary, me parecía más hermosa; la quería más. Sentía el deseo de tenerla á mi lado.

Y volví al pueblo.

Mas no paré en él, si no que trepé cuesta arriba con toda la fuerza de una ilusión que nace.

Y llegué.

Mary, al verme, salió á mi encuentro y sus manos se unieron con las mías y sus oídos recogieron las palabras de amor que mis labios expresaban con fiebre del querer.

Y así pasaron varios días.

Nuestros cariños se unieron tanto, que uno solo formaban. Nuestros pensamientos y nuestras ideas llegaron á igualarse.

Pero el viejo ermitaño no consentía en amores de desigualdad, como el decía, y nuestras ilusiones estuvieron á punto de perderse. Mas dos enamorados hallan siempre remedio. Y una noche...

Era oscura y triste. Las olas rugían y bramaba el aire. Al pié de la montaña, yo esperaba escondido y la voz me faltaba, mientras mis ojos distinguían mil objetos extraños.

Un bulto movible apareció en la cumbre. Mi corazón latía fuertemente.

El bulto había comenzado á caminar monte abajo. Y de repente...

¡No lo ví! ¡No quise verlo! Desencajado, loco, cobardemente loco, me precipité carretera adelante, con carrera de desesperado.

Al día siguiente, mi hermana me despertó también con caricias y besos, y me dió la noticia.

—¿Será suicidio ó crimen?—decía con tristeza.

Y mis ojos se humedecieron lentamente, y entre las nieblas de mis lágrimas ví que Mary sonreía con sonrisa que me daba miedo...

Burgos y Julio, 1918.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
El llanto de la virgen.....	5
Sor Teresa.....	15
La víctima.....	25
El último cuento.....	35
Por la senda del mal.....	43
El bufón era así... ..	51
Mientras la luna rueda.....	59
Corazón de golfo	67
Mary, la ermitaña.....	75

K. E. MEDOL 6454

ME

Precio: UNA peseta

